

Waldo Vila

Mariano Latorre visto por un pintor



EN la montaña de boldo, robles y pellines, que establecen la sombra húmeda del sombrío verde, donde el “chucacac” lanza invisible su agorero grito: en busca, y rebusca de sus rincones de Chile, marcha ya para siempre Mariano Latorre, chamanto colorado al hombro y rodaja cantora en la espuela de plata. Los ojos vivaces del bosque lo atisban, y los pájaros de Chile, lo saludan al pasar con su silbido entre amistoso y burlón, *fiú, fiú*. Pablo Neruda te dice en su alta poesía:

“Quiero dedicarle un vuelo de queltehues junto al agua, sus gritos agoreros y su plumaje blanco y negro levantándose de pronto como un abanico enlutado.

“Voy a dedicarle una queja de pidenes y la mancha mojada, como sangre en el pecho, de todas las loicas de Chile.

“Voy a dedicarle una espuela de huaso, con recio matutino, de algún jinete que sale de viaje en la madrugada por las riberas del Maule y su fragancia.

“Voy a dedicarle, levantándola en su honor, la copa de vino de la patria, colmada por las esencias que él describió y gozó.

“Vengo a dejarle un rosario amarillo de topa-topas, flores de las quebradas, flores salvajes y puras”.

Chilenazo de Mariano, te debemos tanto los pintores de esta tierra, eras aliento y mano generosa. Solías decirme: “Yo sé donde están los caballitos cogotudos y los huasos de mantas de colores, que Ud. pinta, compañero”. Como también sabía de las andanzas de Manuel Rodríguez; tenía cuatro estampas de la patria para él, más tú le habías descubierto varias más para ese libro que soñabas, que ya no podré ilustrar.

Se fué un poco antes para campearte el camino, el “baqueano” de los campos del sur, el administrador de todos los fundos de la frontera, el incomparable “gordo Durand”. Cuando le preguntes que adónde van, te mirará con sus ojillos maliciosos detrás de los gruesos lentes, y responderá él muy taimado: “Siga no más, que el camino va diciendo”.

Estos dos grandes amigos míos no perdían ocasión de lanzar una cuchufleta a costa del otro, aunque en el fondo se querían. Sabían de sobra la amistad y el profundo afecto que me unía a ellos, y tal vez por eso mismo, era mucho su empeño en hacerme depositario de sus confidencias, con anticipado regocijo, de saber que seguramente yo se las transmitiría. Durand, por una rara casualidad, vivió siempre cercano a mi casa, y cuando me mudé de barrio, él también lo hizo cercano a la mía. Me visitaba por eso a menudo, y su primera pregunta inevitable, era si había visto a Mariano; dicha con el tono más bonachón del mundo, pero la malicia del huaso macuco, le rezumaba por todos los poros del cuerpo. Mariano, en cambio, más provocativo que un gallo de pelea, me soltaba de inmediato el puyazo: “Qué dice ese Gordo, siempre lloriqueando como un besugo sentimental”. Todo esto no eran más que puros voladores de luces, cada uno sabía bien la valía del otro. Cuando a Mariano le dieron la noticia de la muerte de Durand, lo afectó de tal modo, que estuvo al borde del síncope.

Una noche en mi casa, Durand hizo las delicias de la sobremesa, contando casos y cosas de lo que habría de ser más tarde *Gente de mi tiempo*, el tono dicho del modo más sencillote y campechano, aunque de cuando en cuando, le echaba color a la cosa, como de

mala gana. Aquella vez a propósito de Mariano Latorre, decía: “Mire Waldo, no es cierto que se documentó por medio de fotografías, para escribir sobre las cosas del campo; que más bien va él mismo a conocer, palpar, y vivir. Mire Ud., en cierta ocasión, deseaba saber lo más posible sobre una zorreadura a la chilena; teníamos casualmente un amigo común, dueño de un fundo cercano a Santiago. Con tal objeto le escribimos. No pasó mucho tiempo, y allá nos dirigimos con Mariano, que iba como unas pascuas. Una vez que llegamos, supimos que era necesario levantarse temprano, continuaba en su relato el gordo, porque los zorros son muy madrugadores, y si no que lo digan las gallinas. Así, tempranito, comenzó el ajetreo por lomas y quebradas, en busca del invisible animal. Yo, como campesino viejo, me llevé mi botellita de vino y algunas cositas más, para pasar el rato a la sombra de un árbol; mientras Mariano, y los demás, echaban los bofes por aquellos peladeros donde ya comenzaba a picar el sol.

“Bueno, pasaron las horas, largas y calurosas, y como todo llega al fin, llegó también, aunque tardía, la del almuerzo. Los cazadores regresaron tarde, sudorosos y cansados, sin luces de haber visto al animal. Almuerzo de mantel largo, como decía mi abuela, cazuela de ave, asado de cordero, perdices escabechadas, y otras mil delicias culinarias, que el criollo anfitrión, nos brindaba como hombre que sabe lo suyo. Ni qué decirlo tiene, que el abundante almuerzo, estaba regado con tinto y blanco sostenido. A la mitad de éste, uno de los empleados se le acercó al patrón y le habló en un aparte que por lo demás todos oímos. La Zoraida, una inquilina de la montaña, tenía un recado importante. El esférico, y bien nutrido patrón, la despachó con viento fresco, porque estaba almorzando; pero como si no hubiese dicho nada, dale con que la Zoraida tenía algo muy importante, que les interesaba a los patroncitos de visita. Esto picó la curiosidad del dueño de casa, que salió para ver de qué se trataba. Volvió al poco rato, muerto de la risa, y con la mujercita a la siga, flaquita dentro de un vestido que debió ser negro en otro tiempo, cruzada sus manos oscuras de campesina. Animada por su patrón, la Zoraida,

con muchos rodeos y cogollos, que por la mañana había visto a los patroncitos, afanarse por pillar al zorro, sin conseguirlo. A eso venía ella, para pedirles disculpas, porque "el Copito" lo había pillado, de pura mala suerte. El famano "Copito", era un perrillo flaco, no más grande que una pulga gorda, y en cuanto al zorro, era una miserable "chilla" de lo más común. Así escribió *Hombres y zorros*", terminaba dulcemente, y con el aire más inocente del mundo Luis Durand, con la consabida recomendación, que no se lo fuera a contar a Mariano. Pero yo se lo conté; vaya si se lo conté, Mariano se puso colorado hasta el cogote, tartamudeó un poco y me respondió que no me juntara con el gordo Durand, porque con su modito suavecito de pelar al prójimo levantaba más roncha que un monroy.

Mariano Latorre era rápido de lengua, y siendo muy jovencito, alumno de castellano, asignatura de la que después fué maestro, en una de las clases, su profesor lo suspendió; porque al tratar el tema: "Los recuerdos del pasado", de Pérez Rosales, Mariano ni tonto, ni lerdo, le replicó: "Que si eran recuerdos tenían que ser del pasado, pues es más difícil tener recuerdos del futuro". Si de recuerdos estamos, y aunque éstos sean del pasado, cuántos no vienen a la memoria al evocar la figura de Mariano. Yo lo veía con su rostro de galo, bajo la visera de un casco de un oficial de dragones franceses, a mi buen amigo mucho le complacía ésta mi descripción, observándome que debía hacerle un dibujo así.

Visitaba las exposiciones y los talleres, escribía sobre algunos de nosotros, con generosidad y cariño. Solía aparecer en cualquier circunstancia o determinado festejo, alternando como el mejor camarada, y lo que es más, hablando la misma jerga del taller. Conmigo fué especialmente bondadoso, alentándome en mis primeros ensayos de la pintura chilena, como el verdadero maestro que era. La fecha de nuestra amistad venía de lejos; lo conocí por Lautaro García, siendo yo estudiante simpatizante del barrio de Recoleta, con sus casas bajas, de alero corrido, patio con zaguán y cancela, y árboles en la calle, de generosa sombra acogedora de los tempraneros amores, con las bellas muchachas del barrio aquél; donde Pedro Luna

pintaba con desatada furia, en el altillo que tenía por taller, en la casa de sus tías de románticos nombres, de Clara Luna y Blanca Luna, y por las tardes tocando el órgano, en la iglesia de "La Viñita".

Con Mariano Latorre se va un pedazo de Chile, desde la cordillera de "Moñi" hasta los bosques lluviosos del sur, el mosaico quebrado de las islas del archipiélago con los espinudos erizos del canal de Tenglo. Las secas calicheras, el salitre, blanca espuma de mares antiguos, desecados. Los negros cascos alquitranados de los lanchones maulinos que llevan en su grueso vientre las papas que se asan, único alimento de los duros marineros que navegan al largo, desde la desembocadura, hasta Valparaíso, "el viejo Pancho" del Pacífico, y los puertos dormidos del norte.

Mariano Latorre, varón claro de ventisqueros, claro de aguas marinas, claro de lejanías, bien te conocen los "guanayes" del Maule, las incomparables uvas rosadas de Curtiduría, y los rubios caldos de sus generosos vinos.